



JANUS 11 (2022) 270-280

ISSN 2254-7290



**Reseña de: Antonio Carreira, *Nuevos Gongoremas*,
Córdoba, Editorial Universidad de Córdoba, 2021,
605 pp. ISBN: 978-84-9927-605-2**

Alberto Fadón Duarte

<ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0678-0135>>

Universidad Complutense de Madrid (España)

afadon@ucm.es

JANUS 11 (2022)

Fecha recepción: 21/07/22, Fecha de publicación: 29/08/22

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=228>>

<DOI: <https://doi.org/10.51472/JESO20221114>>

Resumen

Reseña del volumen de Antonio Carreira *Nuevos gongoremas*, colectánea de artículos publicados en los últimos veinte años sobre diversos aspectos del poeta cordobés (lenguaje, transmisión textual, influencia, etc.).

Palabras clave

Góngora; gongorismo; conceptismo

Title

Review of: Antonio Carreira, *Nuevos Gongoremas*, Córdoba, Editorial Universidad de Córdoba, 2021, 605 pp. ISBN: 978-84-9927-605-2

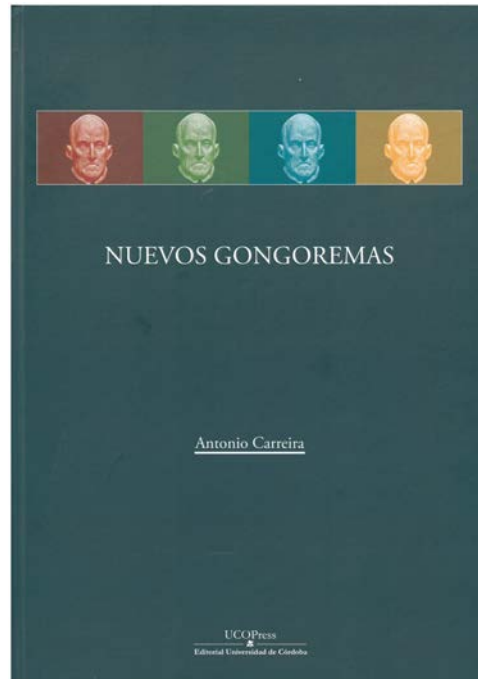
Abstract

Review of the volume by Antonio Carreira *Nuevos gongoremas*, a collection of articles published in the last twenty years on various aspects of the Cordovan poet (language, textual transmission, influence, etc.).

Keywords

Góngora; gongorism; conceptism





Veintitrés años después de la publicación de *Gongoremas*, la aclamada colección de diecinueve ensayos gongorinos de Antonio Carreira, ha salido de las prensas *Nuevos Gongoremas*, un volumen que reúne la mayor parte de lo que el filólogo ha escrito sobre el cordobés a lo largo de casi cinco lustros. Se trata de una obra compuesta por un total de treinta y un textos, agrupados —al igual que en *Gongoremas*— en cinco bloques que abordan diversos aspectos de la obra de Góngora y de la de algunos de sus imitadores. La compilación presenta concomitancias con su antecesora no solo en lo que atañe a la *dispositio* del volumen, sino también en la continuación y desarrollo de varias de las preocupaciones fundamentales del investigador, a saber: la singularidad del poeta cordobés en el panorama literario de su época, su autorrepresentación en algunos textos, el juicio sobre las obras de otros gongoristas, la importancia del rigor filológico como paso previo a todo comentario o la crítica de los excesos interpretativos. Asimismo, un idéntico espíritu prudente y polémico, no exento de ciertas dosis de humor, anima los textos que conforman esta segunda entrega. Dada la abundancia de artículos recogidos, nos limitaremos a ofrecer las líneas maestras de cada ensayo, fijando particularmente nuestra atención en aquellos aspectos que consideramos más valiosos.

El primer bloque, formado por cuatro textos que acometen de manera general algunos aspectos de la producción del cordobés, se abre con “La especificidad del lenguaje gongorino”. En tal ensayo se busca ofrecer una perspectiva original para la comprensión de una de las cuestiones clásicas del gongorismo: cuáles son las características principales del estilo que convirtió a Góngora en el poeta más revolucionario de su época. Teniendo presente la estimable bibliografía sobre la materia, que va desde los clásicos análisis de Dámaso Alonso hasta los más modernos enfoques de investigadoras como Nadine Ly o Mercedes Blanco, el filólogo opta por indagar sobre los procedimientos que pudieron percibir y admirar sus coetáneos.

Para ello, Carreira se alinea con las observaciones de Baltasar Gracián sobre Góngora como el “águila de los conceptos”, confluyendo en algunos puntos con una de las perspectivas adoptadas por Mercedes Blanco en varios trabajos. Lo que hizo a Góngora sobresaliente ante los ojos sus contemporáneos fue, sobre todo, la excelencia a la que elevó algunos procedimientos ingeniosos de uso común. Concretamente, Carreira ejemplifica con las alegorías elaboradas por Góngora (equivalentes a una agudeza compuesta), con el refuerzo de los significantes a través de lo que Gracián denominaba “circunstancia especial” o con el uso particularmente complejo de figuras como la paranomasia, la tautología o la autocorrección (estas últimas, especialmente notorias en obras humorísticas). El autor del *Polifemo*, si bien se sirve de las mismas herramientas que los escritores de su tiempo, logra una coherencia conceptual y un nivel de concentración desconocidos hasta la fecha.

El artículo titulado “Algunos aspectos del humor gongorino” supone el desarrollo de una de las líneas esbozadas en un ensayo de *Gongoremas*: “El yo de Góngora: sus máscaras y epifanías”. Valiéndose de algunos de los procedimientos ingeniosos expuestos en el artículo anterior (tautología, autocorrección), Góngora confeccionó varios autorretratos jocosos, especialmente en romances. Algunos son tan famosos como “Hanme dicho, hermanas”, “Ahora que estoy despacio” o “Qué necio era yo antaño”. En ellos el ingenio andaluz se burla de todo: del galán enamorado, del oficio del poeta, de su físico y de su cultura letrada. Como recuerda Carreira, lo llamativo es que el poeta conservó siempre su sentido del humor, incluso en los días de mayor penuria económica. Este interesante aspecto del humor gongorino se complementa a la perfección con las investigaciones de otros estudiosos, como Robert Jammes, Jesús Ponce Cárdenas o Mercedes Blanco, que han ilustrado el uso de la comicidad en sus obras mayores.

El tercero de los textos que conforman el volumen, “El sentimiento de la naturaleza en Góngora”, ofrece múltiples apuntes sugestivos que nos

permiten acercarnos no solo a la concepción que Góngora tenía del mundo natural, sino también a la de sus coetáneos. Carreira destaca cómo el ingenio cordobés parte de la naturaleza arcádica de la tradición italiana hasta lograr una visión mucho más rica y personal en sus grandes poemas. En el *Polifemo*, ubicado en Sicilia, Góngora participa del sentimiento común a sus contemporáneos según el cual la belleza de la naturaleza se subordina a la utilidad que esta tiene para el hombre. Es por ello por lo que, bajo el signo del ingenio, el escritor pone el acento en la fertilidad de la isla y, asimismo, confecciona una de las muestras más acabadas del “bodegón poético” —tan caro a Lope y a otros ingenios barrocos— a través de la pintura verbal del zurrón del cíclope. De las *Soledades*, por su parte, el investigador destaca cómo la anécdota, en gran medida, queda subordinada al paisaje, del mismo modo que ocurre en algunos lienzos de la época. La silva, constelada de variadas miniaturas paisajísticas, supone la culminación del sentimiento de la naturaleza en Góngora.

A continuación Carreira, en “El conceptismo de Góngora y Quevedo”, pone en entredicho varias de las aseveraciones clásicas sobre la supuesta división del parnaso poético hispano en una escuela culterana y otra conceptista, respectivamente capitaneadas por Góngora y por Quevedo. El estudioso ofrece una ristra comparada de conceptos ideados por los dos grandes líricos barrocos, evidenciando la superioridad del cordobés por su capacidad para hilar agudezas complejas con una precisión y con una densidad que no tienen parangón.

El segundo bloque del volumen se centra, de manera general, en la influencia de Góngora sobre la literatura de su época, prestando siempre atención a la enmarañada transmisión de sus escritos. A juicio de quien escribe estas líneas, el ensayo más provechoso es el que abre la sección, “Góngora y el canon poético”. En él el filólogo ofrece una cartografía general del gongorismo en el Seiscientos a través de la influencia que ejercieron los diversos géneros y obras cultivados por el ingenio andaluz. El artículo comienza examinando la parcela de la poesía gongorina más trabajada por el autor: los romances. Si bien muchos de ellos tuvieron una rica descendencia, baste recordar aquí uno de los más populares, el que comienza con el verso “Esperando está la rosa”. Como indica Carreira, esta alegoría de la corte inspiró a más de una decena de poetas dentro y fuera de España. Entre los sonetos de juventud, que gozando de fama no fueron tan imitados como algunos romances, el filólogo postula que los tercetos correlativos del magistral “Árbol de cuyos ramos fortunados” pudieron inspirar los versos finales, igualmente correlativos (9-12, 10-13, 11-14), de una de las piezas amorosas más celebradas de Quevedo, el soneto “Cerrar podrá mis ojos la postrera”. Pasando algo más rápido por las canciones, se

recuerdan algunas de las obras herederas del *Polifemo* y de las *Soledades*. En el primer caso, las sucesoras son sobre todo fábulas mitológicas, mientras que para la silva inconclusa encontramos una descendencia mucho más variopinta, que va desde obras tempranas como la *Silva al estío* de Matía Ginovés hasta el *Primer Sueño* de Sor Juana.

Dejando de lado las obras concretas, Carreira lanza algunos apuntes sobre las huellas que dejó el lenguaje gongorino, extensible también a la prosa de su época. Se trata, pues, de un artículo de gran erudición y utilidad, aunque se echa de menos alguna mención al *Panegírico al duque de Lerma* (solo se recuerda que Salcedo Coronel lo comenta en sus obras), de cuya progenie, en cualquier caso, se ha ocupado Ponce Cárdenas en “El *Panegírico al duque de Lerma*. Trascendencia de un modelo gongorino (1617-1705)” (2012). Asimismo, como nota el propio Carreira, su estudio se complementa a la perfección con un ensayo publicado por José Lara Garrido en 2007: “La estela de la revolución gongorina. Relieves para una cartografía incompleta del gongorismo”.

Los dos siguientes artículos del volumen, “Formación del canon en la transmisión de la poesía gongorina” y “Difusión y transmisión de la poesía gongorina”, se ocupan de dilucidar algunos de los avatares de la fortuna textual de sus escritos. Entre otras muchas cosas, Carreira señala que cabría distinguir dos grandes etapas en la transmisión: una primera en la que muchos poemas aparecieron impresos (en diferentes colecciones y florilegios) y una segunda, marcada sobre todo por la difusión manuscrita de sus grandes obras en numerosos testimonios. Como es bien sabido, a pesar de que Góngora contribuyó a la preparación del llamado Manuscrito Chacón, habría que esperar a su muerte para que el conjunto de sus obras apareciesen impresas. A propósito del importante manuscrito, Carreira recuerda que no cabe fiarse de un único testimonio y que existen otros tantos códices de gran valor, muchos de ellos examinados en el segundo artículo.

El último artículo de este grupo, “Manuscritos y Ecdótica: en torno al corpus de las décimas”, pone sobre la mesa varios de los problemas que presenta la edición de este género breve. No se trata solo de cuestiones textuales, sino que, dado que estamos ante obras circunstanciales, existe siempre el problema de reconstruir la intrahistoria que está en su origen. A este respecto, los epígrafes no resultan enteramente fiables, ya que no siempre están presentes y, además, pueden diferir notablemente según los testimonios.

El tercer grupo, por su parte, lo integran artículos que se ocupan de algunos textos concretos de don Luis. El primero lleva por título “Cuestiones filológicas relativas a algunos poemas gongorinos del periodo 1609-1615” y aborda problemas específicos de varias composiciones elaboradas en estos

años, ilustrando con ello algunos de los principales retos a los que se enfrenta el editor de poesía áurea. Los ejemplos ofrecen un variado abanico de problemáticas: la necesidad ocasional de introducir didascalias en algunos sonetos para interpretarlos correctamente, el cuidado que se ha tener con los paratextos presentes en los testimonios, la extrema precaución que ha de guiar al editor a la hora de proponer la puntuación de un texto, la necesidad de fijarse en cada palabra para asegurarse de que es la que el poeta quiso escribir, etc.

“La musicalidad en el Polifemo”, que supone un diálogo con el ensayo homónimo de Colin C. Smith de 1961, parte de una reflexión escéptica sobre el significado de la musicalidad en la poesía y los peligros que acarrea dejarse llevar por el entusiasmo ante la lectura de unos versos especialmente sonoros (se recuerdan, por supuesto, las sugestivas páginas que Dámaso Alonso dedicara al *Polifemo*). Carreira nota cómo el ensayo de Smith, a pesar de resultar estimulante, yerra en muchas de sus conclusiones por partir de una concepción imprecisa de la prosodia del español. Por citar un ejemplo, el inglés considera que dos términos con igual timbre vocálico y distinta acentuación pueden dar lugar a una asonancia (á-a / a-á), lo que le lleva a percibir rimas inexistentes para un hablante nativo del español.

A continuación se inserta un artículo sobre una de las obras maestras de la poesía encomiástica gongorina, el *Panegírico al duque de Lerma*. Con el título “Fuentes históricas del Panegírico al duque de Lerma”, nos encontramos con un breve examen de las diversas partes de la composición a la luz de su relación con los hechos históricos y con algunas posibles fuentes que Góngora pudo consultar, sin olvidarse de señalar ciertas imprecisiones o errores. Carreira, en cualquier caso, se muestra prudente a la hora de apuntar fuentes concretas, ya que el literato pudo acceder a las informaciones sobre el noble, su familia y sus empresas a través de diversos medios. Si bien cabe la posibilidad, por ejemplo, de que Góngora conociese las noticias sobre el linaje mediante alguna genealogía, no se ha de descartar tampoco que obtuviese la información a través de un amigo aristócrata como el duque de Medina Sidonia o el conde de Saldaña. De todos modos, no se ha de olvidar, como acertadamente recuerda el investigador, que ante todo estamos ante una obra poética y no historiográfica, cuyo objeto principal era ensalzar al prócer vallisoletano.

Pasando a una parcela muy distinta, “Forma y función del romance en el teatro de Góngora” examina el papel que esta forma métrica juega en *Las firmezas de Isabela* y en el inconcluso *Doctor Carlino*. Vemos que en la obra de ambientación toledana el romance, tal como aconsejaba Lope en su *Arte nuevo*, sirve sobre todo para las relaciones, esto es, para la narración de lo que no se muestra en escena. Lo que ocurre es que, dada la mayor

complejidad argumental de la obra de Góngora, estos se vuelven absolutamente imprescindibles para entender la trama y para desvelar las intenciones y propósitos de los personajes que los pronuncian (Fabio, Tadeo y Lelio-Camilo). Igualmente el del *Doctor Carlino*, con una complicada asonancia en -ú, sirve para que el protagonista exponga su historia.

El siguiente escrito del volumen, “El conde-duque de Olivares y los poetas de su tiempo”, se ocupa de Góngora tangencialmente, al examinar la relación del racionero cordobés con el poderoso valido y su entorno dentro de una panorámica general de la literatura cortesana de la época. Se recuerda que, si bien a la altura de 1600 Góngora había dedicado una décima a la que sería su esposa —Inés de Zúñiga—, la relación con el político aparece sobre todo en su epistolario de madurez y en la intención de dedicarle sus obras impresas.

Adentrándonos en la cuarta sección, nos encontramos con un conjunto de artículos en los que Carreira dialoga con las interpretaciones de otros estudiosos de Góngora. El primero, “Significado de Robert Jammes en los estudios gongorinos”, rinde homenaje al mayor gongorista de la segunda mitad del siglo XX y revisa algunos de sus trabajos menos conocidos para el público español. Entre ellos, destaca el papel que el investigador francés jugó en el análisis de los comentaristas de Góngora (Nicolás Antonio, Espinosa de Medrano), que culminaría con el catálogo de la polémica incluido en su edición de las *Soledades*. Asimismo, Carreira subraya la atención prestada por Jammes a los elementos populares en Góngora y a su particular rebeldía. En relación con el Góngora burlesco, también se recuerda cómo el profesor francés ha contribuido de manera palmaria a demostrar la sutil presencia de una vena humorística en las *Soledades*.

Tras el examen de las aportaciones de Jammes, se inserta una inteligente reseña a una de las monografías sobre Góngora más importantes de los últimos años, *Góngora o la invención de una lengua* (2012) de Mercedes Blanco. Carreira sintetiza con precisión las ideas principales de la obra, al tiempo que pone de manifiesto la dificultad de la empresa de la catedrática de la Sorbona (leer a Góngora a través de Gracián y a través del arte de lo sublime) y el buen término con el que esta se ha llevado a cabo. En la misma línea se encuadra el siguiente texto, en este caso una reseña sobre la colección de ensayos gongorinos de Andrés Sánchez Robayna *Nuevas cuestiones gongorinas (Góngora y el gongorismo)* (2018). Carreira selecciona algunos de los textos elaborados por el estudioso y poeta, interesándose especialmente por aquellos relativos a la traducción e influencia del ingenio cordobés, sin olvidarse de elogiar su análisis de la letrilla “No todo son ruseñores” o su interesante aportación al debate sobre el inacabamiento de las *Soledades*.

Los dos artículos siguientes muestran una mayor severidad con los libros sometidos a su bisturí crítico. En el primer caso, Antonio Carreira pone en tela de juicio algunas de las arriesgadas afirmaciones sobre la poesía de Góngora vertidas por Juan Baena en *Quehaceres con Góngora* (2011). Se trata, en este caso, de una obra influida por las metodologías de los estudios culturales, que rechazan las herramientas de la filología tradicional. Como el editor de los romances gongorinos demuestra, el desprecio de la filología y del sentido literal lleva a Juan Baena a ciertas interpretaciones que, aunque sugerentes, difícilmente pueden ser aceptables para cualquiera que aspire a enfrentarse a un texto de manera rigurosa. Igualmente Carreira apunta que las numerosas comparaciones de los versos de Góngora con canciones rockeras o con otros elementos culturales del siglo XX, además de resultar poco o nada pertinentes, apenas contribuyen a la inteligencia de sus textos. El ensayo que sucede a la reseña de Juan Baena, “Las Soledades y la crítica posmoderna”, sigue una línea similar, evidenciando los excesos interpretativos y las peregrinas ocurrencias de algunos críticos que en los últimos años se han aproximado a la obra maestra de Góngora (John R. Beverley, Robert J. McCaw, Crystal Anne Chemris, nuevamente Juan Baena y Martha Suzan Collin). A pesar de las diversas conclusiones a las que llegan, todos ellos comparten el error de partir de una hipótesis sobre el significado del texto que condiciona el resto de su interpretación. Por citar un ejemplo: en el caso de Beverly, autor de una conocida edición de las *Soledades*, se lee el poema de Góngora como una manifestación de su antiimperialismo y como un reflejo de las crisis que, según el autor, ya asolaban la España de la segunda década del Seiscientos. El abuso hermenéutico del crítico americano llega al punto de establecer un paralelismo entre el inacabamiento del poema y la supuesta decadencia imperial. Naturalmente, este tipo de interpretaciones, denunciadas con justicia por Carreira, no se sostienen ni desde la óptica histórica ni desde la filológica.

La cuarta sección, finalmente, concluye con un escrito polémico, “Crítica de la edición crítica. Respuesta a Margit Frenk”, donde Carreira discute con la estudiosa de la lírica popular, entre otras cosas, sobre la edición de poesía áurea, dada la imposibilidad de establecer un texto crítico *stricto sensu*, y sobre la validez de los testimonios musicales a la hora de editar a Góngora.

La última parte del libro, la más amplia en cuanto al número de artículos recogidos, se ocupa de la huella que dejó Góngora en ingenios de diversas épocas y geografías. El primero de los textos, “Pedro Espinosa y Góngora”, ofrece una documentada y sistemática exploración de las teselas, conceptos y moldes gongorinos presentes en la producción poética del

compilador de las *Flores de poetas ilustres*. Tal como evidencian sus numerosos ejemplos, la inspiración gongorina es fundamental tanto en la poesía como en la prosa del autor antequerano. Justo a continuación, emparentado con uno de los artículos incluidos en la primera parte de la colección, se inserta el ensayo “Presencia de Góngora en la poesía de Quevedo”. Aquí Carreira, nuevamente, pone en cuarentena el mito de los dos escritores enfrentados, mostrando que el autor de *El Buscón*, a pesar de todo, sentía una profunda admiración y respeto por la obra del cordobés, en particular por sus romances y letrillas, de los que extrajo la inspiración para varios textos propios.

Los dos artículos incluidos a continuación, “Un quevediano gongorino: Francisco Manuel de Melo” y “El romancero español y portugués de Francisco Manuel de Melo”, ponen la lupa en un escritor algo menos conocido, el lisboeta Francisco Manuel de Melo (1608-1666). De la vida, obra y fortuna crítica de este escritor bilingüe se ofrece una síntesis en el primer capítulo, apuntando además como algunas de sus obras, por ejemplo la *Silva fúnebre en la muerte de don Manuel de Meneses* (hacia 1628) y el *Phanteon* (1650), se incardinan indiscutiblemente en el linaje de las *Soledades*. Carreira también muestra varios de los ecos gongorinos dispersos en su dilatada producción poética. Por otro lado, el segundo artículo, partiendo de la difusión del romancero en Portugal impulsada tras la anexión de 1580 y el cultivo de romances nuevos por varios ingenios lusos de la época, analiza la huella del maestro andaluz en algunos de los 103 romances compuestos por el autor (95 en castellano y 8 en portugués).

Del mismo modo, exploran el posible influjo de Góngora en poetas áureos los dos artículos siguientes, “Antonio de Solís o la poesía como divertimento” y “La mimesis conceptista de Ovando y Satén”. El primer autor resulta un caso interesante, ya que de la fecunda obra gongorina solo le interesó la faceta humorística, la que le ofrecía inspiración para elaborar conceptos ingeniosos jugando con las palabras en todas sus dimensiones. Además, ejemplifica en cierto modo la decadencia de una tradición, una fase en la que abunda la metapoesía y el chascarrillo fácil, una fase en la que la literatura apenas se toma en serio a sí misma.

Dejando de lado la España seiscentista, Carreira incluye dos escritos que evalúan la presencia de Góngora al otro lado del charco. El primero, “Pros y contras de la influencia gongorina en el *Triunfo Parténico* (1683) de Carlos Sigüenza y Góngora”, se ocupa de un certamen poético sobre la Inmaculada Concepción acontecido en Nueva España. Son de gran interés los juicios que el estudioso ofrece sobre la naturaleza de estas colecciones encomiásticas de carácter colectivo. En el caso del *Triunfo Parténico*, estamos ante un certamen en el que el modelo de Góngora desempeñó un

papel fundamental, ya que muchas de las poesías con conceptos sacros tenían que elaborarse a partir de alguna estrofa escogida del cordobés y siguiendo unas rígidas pautas métricas. Por otro lado, el segundo texto, “Góngora en los orígenes de la poesía brasileña: el caso de Gregório de Matos”, se consagra a este lírico brasileño del barroco (1636-1696). Se trata, explica Carreira, de un autor prolijo en el que abunda lo erótico y lo escatológico, que no dudó en imitar a Góngora y a Quevedo, cuyas obras pudo adquirir en Portugal. De ellos se interesó por su vena más festiva y jocosa, de la que pudo extraer numerosos conceptos para sus poemas, sin atender a las grandes composiciones de Góngora que tanto habían admirado otros contemporáneos.

En “La décima de Guillén en honor de Góngora: un significar a dos luces” y “El Poema del agua, de Manuel Altolaguirre, y su deuda con Góngora” el investigador acomete otro asunto de relevancia para el gongorismo: la recepción del poeta entre los miembros de la Generación del 27. En el caso de Jorge Guillén se examina una décima incluida en su *Cántico* con el título “El ruiseñor” y con un epígrafe dedicado a don Luis de Góngora. Dado que el nexo entre la dedicatoria y el contenido del poema no resulta evidente, Carreira busca la clave en un arcaísmo del tercer verso, “memorial”, que podría identificar al ruiseñor con el Góngora pretendiente que envía sus memoriales a los poderosos sin recibir respuesta. El texto sobre Manuel Altolaguirre, por su parte, atiende a una composición de juventud del malagueño titulada “Poema del agua”, parcialmente publicada en 1927. En ella, a juicio del filólogo, se dan cita las influencias de “El misterio del agua” de su maestro Emilio Prados, la *maniera* gongorina y, en ocasiones, la sintaxis nominal practicada por Jorge Guillén.

El penúltimo de los artículos, titulado “Reflexiones sobre la influencia gongorina en la poesía contemporánea. A propósito de *Cisne Andaluz* de Carlos Clementson (2011)” da otro salto cronológico importante para enjuiciar la antología en honor de Góngora publicada por el poeta, traductor y estudioso andaluz. Recogiendo el legado de la antología publicada por Gerardo Diego en 1927, que reunía variados homenajes a Góngora escritos entre el siglo XVII y los días de Rubén Darío, Carlos Clementson elabora su florilegio desde la época del poeta nicaragüense en adelante. Carreira aprovecha el poemario para reflexionar tanto sobre sus ausencias como sobre los criterios de selección adoptados, que necesariamente han de ser eclécticos y siempre discutibles.

Finalmente, el libro concluye con un apéndice en el que Carreira reflexiona, a propósito de la edición de las *Soledades* y el *Primer sueño* publicada conjuntamente con Antonio Alatorre, sobre cuestiones relativas a la manera de leer en la época de Góngora y en la nuestra. Si bien la poesía ya

no tiene la importancia pública de antaño, los lectores actuales contamos con la ventaja de poder acceder a textos cuidados con rigor filológico y, además, disponemos de casi cualquier conocimiento al alcance de un clic.

Con todo lo referido sobre el contenido de la obra, habiendo tratado de epitomar un monumento filológico de numerosos matices, cabe concluir que los *Nuevos Gongoremas* —al igual que su predecesor veintitrés años atrás— suponen un trabajo imprescindible para todo aquel que quiera acercarse a la figura de nuestro mayor poeta con rigor y seriedad, lejos de las modas críticas que dicen más de los prejuicios del estudioso que de los textos analizados. Por otro lado, no puede dejar de señalarse que los escritos de Antonio Carreira no se limitan a ser un acervo de lecciones magistrales sobre Góngora, sus discípulos y sus intérpretes, sino que constituyen un vivo ejemplo de los ideales a los que debe tender todo filólogo: inteligencia lectora, prudencia crítica y una pasión razonada por el arte literario.

